

y atruenen toda la casa, siendo los ángeles de tan hermoso cielo. Esa y no otra es la dicha de la mujer.

Habia hablado Lucrecia con tanta convicción y al mismo tiempo con tanta elocuencia, que nadie se atrevió á contradecirla, ni la mística Rosa, ni la extática Perfecta, ni la mundana Berta, ni la politicóna Rita, ni la artista Griselda, ni la culta Constanza, ni la imperiosa Priora. Bien es verdad que sonaba ya en la alta torre del convento la hora del retiro y del silencio y que pocos minutos antes de este plazo fatal y despues de la arenga de Lucrecia, recibiéronse dos cartas al igual interesantes para la comunidad, diciendo una que el rico caballero Guido de Montaperto pagaba varios retablos al convento de Santa Margarita y diciendo la otra que se encargaba de pintar estos retablos así como varios frescos en las paredes de la Iglesia, el célebre pintor Fra Filippo Lippi, cuya visita próxima conmovió profundamente á toda la Comunidad.

CAPITULO VIII.

Providenciales encuentros.

En risueña mañana cabalgaban dos jinetes por la feracísima y hermosa campiña de Prato. Sus trajes, sus monturas,* su aire, delataban vivamente un señor con su escudero. Eran Guido, el amante despedido de Lucrecia, y Gasparo, criado de toda la confianza del grande y principal caballero, mas que criado, amigo. Por su conversacion, á la cual podemos prestar oído atento, entenderá quien leyere el objeto de aquel paseo, excursion ó viaje.

—¡Siempre lo mismo!

Decia Gasparo.

—Firme, firmísimo.

Respondia Guido.

—Firmeza inútil.

—Pero necesaria á mi corazon.....

—Descarriado por una sola mujer como si no hubiera mujeres en el mundo.

—Para mí no las hay.

—Parece imposible que con esos ojos tan grandes no veais ninguna. Yo diera cualquiera cosa por ser de esta suerte. Bien al revés llegué á solteron por no lograr preferencia en mi voluntad para ninguna: que todas me gustan.

—No sabes cuantas penas ahorras con semejantes veleidades.

—Pusiérais empeño en ello y alcanzaríais igual resultado.

—No lo creo.

—Mejor dijerais diciendo: no lo quiero.

—¿Olvidas los propósitos realizados?

—Ni los olvido, ni olvido tampoco vuestra resolución de que no fructificaran.

—Dígame que tenía la resolución contraria á la por tí supuesta. Dígame que clamaba por el grato olvido. Dígame que me hubiera bebido Leteo.

—Todos esos deseos suenan en vuestra boca, pero no habitan en vuestro corazón.

—¡Desdeñado!

Y suspiró Guido profundamente.

—Tate, tate, pronunciásteis la palabra sacramental. Siempre lo mismo, siempre en ese uniforme plañido.

—¡Desdeñado! No sabes, no puedes saber toda la amargura de ese vocablo.

—La adivino, aunque no la he probado. Y no la he probado, porque no he tenido porfías. Abandoné toda fortaleza sobrado resistente. Á las inexpugnables no les he dirigido ni una mirada siquiera. Así, en vez de desdeñado, parezco desdeñoso. No tomo pesadumbres; las doy.

—Feliz tú.

—Felicidad bien adsequible á quien desee adquirirla.

—No se manda con ese imperio en el humano corazón.

—Pues yo he mandado.

—Por que no lo tienes.

—Con poner la mano en el pecho se le siente golpear con fuerza tal que parece la rueda de un molino.

—Corazón de carne.

—¿Los hay de otra cosa mejor? ¿Dónde los venden? Vive Dios que los comprara.

—No te burles de mis ansias.

—Guárdeme el cielo de tamaño desacato.

—Padezco mucho.

—Y con la curación adoptada padeceréis mucho más todavía.

—¿Qué quieres?

—Poniendo uno tras otro los viajes hechos del castillo al convento y del convento al castillo, llegaríamos á Tierra Santa.

—Allá iremos vestidos de saco, cubiertos de ceniza á pié desnudo, con el cilicio á los riñones, cuando pierda toda esperanza.

—Vuestra merced irá como le plazca. Yo de mí sé decir que llevaré un saco, pero repleto de comestibles; en vez de ceniza, vino; y á los riñones un buen jamón, curado al frío de la sierra y al humo de la chimenea,

—Calla, epicúreo.

—Llamadme como queráis; pero convenid en que veo las cosas á derechas.

—Por lo mismo que eres tan torcido de vista como de alma.

—Pero, venid aquí, amo y señor de mis entrañas. Oídmelo con paciencia: que por vuestro bien hablo. ¿Á qué estos viajes continuos?

—Á ver el sitio que habita.

—Buena vista; un conventucho parecido á una cárcel.

—Cada cual tiene sus aprensiones.

—Pero ninguna tan rara como la de venir aquí para ver la jaula, porque el pájaro, en cuanto sabe nuestra llegada, desaparece.

—Es verdad.

—Y venido á ver una hermosura, jóven y espléndida, tropezais con una vieja, fea y desdentada, que os habla gangoso y os saca el dinero á maravilla. Porque Lucrecia Dios la dé. Ni que se hubiera muerto.

—Pero, al menos sé que está allí. Al menos me cercioro de que no ha huido á su retiro.

—Con mandarme á mí, á otro, consiguierais el mismo resultado sin necesidad alguna de ir y volver en este perpétuo tráfigo.

—Todas las noches sueño que se ha ido.

—Váyase en gracia de Dios.

—Despierto, pienso en ella; y con ella sueño, dormido.

—Hasta que entre pensamientos y entre sueños perdais la cabeza.

—Si Dios lo quisiera.....

—Pero mientras ella habita el convento y vos el castillo, iremos del convento al castillo y del castillo al convento sin tregua ni descanso.

—Por lo ménos me persuado á esperar.

—¡Qué esperanza!

—Esperanza que se acabará con la vida.

—Á todo el mundo le dice que antes de rendirse á Vuestra Merced se caerá el sol en pavezas; y los mares se convertirán en tierras y las tierras en mares; y los delfines irán de paseo por las crestas del Apenino y los cuervos á nado por las entrañas del Arno; y volarán las serpientes por los aires y se arrastrarán por el suelo las águilas; con otras majaderías igualmente risibles pero acusadoras de una tenacidad sin ejemplo y de un propósito sin vacilaciones ni arrepentimientos.

—Pero, si no la poseo yo, ningún otro mortal puede poseerla. Ponte á pensar cómo se aumentarían mis penas si uniese á la desdicha de los desdeñosos recibidos, la rabia de los celos exaltados. Creo que buscaría al afortunado en el centro de la tierra, si preciso era, para comerme su corazón. Creo que incendiara el convento de Santa Margarita con comunidad y todo. Creo que desafiaría á desigual batalla á los deudos y amigos del rival, á los que le hubieran hablado una palabra ó le hubieran dirigido un saludo, de cualquier clase y categoría que fueran, para matarlos uno á uno, en las explosiones de mi cólera. Creo que la llama de mis celos en su vivacidad infinita podría abrasar todo el Universo.

—De exageraciones en exageraciones andamos.

—Si me miraras de hito en hito, cuando el recelo de los celos pasa por

mi pecho, verias en el extravío de mis ojos, el extravío de mi pensamiento, y en el extravío de mi pensamiento el dolor de mi corazón. La muerte misma, con su silencio y con su olvido, no podría curarlo.

—Pues veo que ha echo bien Lucrecia al no casarse con Vuestra Merced.

—No digas eso ni en broma.

—Seriais capaz de copiar á aquel célebre español que mató a su mujer estando á su lado en la cama porque soñó que dormia con otro.

—No te diré que no, Gasparo.

—Locuras se cuentan de tal pasión. Diz que un alemán tenia celos del agua bebida por su amada y otro de los cuadros por su amada mirados, sobre todo si habia en ellos figuras de hombres. Platon nos ha pintado una celosa singular, la cual exigia á su amante que solo invocara en sus oraciones á los dioses y no á las diosas. Los sirios, al adoptar el Cristianismo, convinieron en que las mujeres se confesarian unas á otras y no quiero decir como andarian por el mundo los secretos de la confesion.

—Basta, basta.

—Pues basta, callo mi pico, aunque todavía pudiera contar cosas divertidas respecto á los celos.

—Así son las humanas pasiones, varias en sus accidentes, unas en su esencia.

—Como la vuestra no conozco otra.

—¿Como?

—Los celos.....

—¿Vas á definirlos?

—No.

—Pues sigue.....

—Nacen del amor correspondido.

—¡Ah!

—Mas no he visto tener celos de quien nunca se recibió amor.

—¿Nunca? Ora fuese por miedo á su padre, ora por otra causa, Lucrecia llegó hasta la Iglesia conmigo.

—Pero volvióse de la Iglesia, con lo cual dió harta prueba de no haberos amado jamás; cosa que vos sabiais de antemano, pues diz que no os engañó.

—Cierto.

—En tal caso, ¿á qué tener celos?

—Llámame egoísta, ó como quieras llamarme. Búrlate á tus anchas de mis manías y de mis caprichos. El hombre es así, como Dios lo ha hecho. En mi dolor me consuela pensar que si no me pertenece á mí, tampoco le pertenece á nadie.

—Y tenemos nuestra vida limitada.....

—A ir al convento; á hablar con la madre priora; á ver los medios de

que un día mis ojos beban la luz de los ojos de Lucrecia, siquiera sea por un segundo y con la rapidez de un relámpago.

—¿No podríais, señor, distraeros de esos pensamientos con la guerra?

—Mucho he guerreado, cuando tenia esperanza de ser querido. La guerra pide la compensacion del amor. Si no os mantiene en vuestro empeño una pasión; si no os aguarda despues del combate un premio; si, entre los vapores de la sangre, no entreveis los arboles de una sonrisa; si sobre el campo de batalla no flota una imágen adorada, ten por cierto que caerás en la indiferencia, y por esa indiferencia te será igual ó la victoria de unos ó la victoria de otros; la vida ó la muerte. No hay vocacion humana que necesite tanto los agujijones del amor como la vocacion de la guerra. Los antiguos lo sabian y casaron á Marte con Vénus. La naturaleza quiere que el principio de destruccion vaya junto con el principio de creación. A este precio existe el Universo. ¿Dónde iba yo, pobre de mí, dónde iba á guerrear sin amor? ¿Qué podia proponerme? Destruir por destruir; derribar por derribar; matar por matar. Eso es propio de chacalas. Necesito tener una causa que me interese para verter por ella la ajena y la propia sangre. Abandonado de Lucrecia nada me importa en el mundo.

—A lo menos, si no la guerra, la política podia embargar vuestra atencion y entretener de alguna manera vuestro tiempo. Acogeos á ella.

—¿La política? Pertenezco por mi cuna á la nobleza; por mi corazón á la plebe. Tengo privilegios heredados que debo trasmitir á mis herederos; y desearia la destruccion de todos los privilegios. Mi sangre me inclinó á una causa; mis ideas á otra. En mi hogar caballero feudal; en la plaza tribuno popular. Luego he visto Florencia, la ciudad de la República y he adquirido el convencimiento de que no puedo vivir en ella sino poniendo en guerra abierta mi nombre de familia con mi deber de ciudadano. ¡La política! Un arte de fraude. Los francos no podemos ejercerla porque necesita mucha cautela; ni los honrados porque necesita mucha corrupcion. Yo buscaria la libertad mientras mis amigos me demandarian que buscase el poder. Yo trabajaria por el bien de la República y mis partidarios querian que trabajase por su propio bien. Y tendria que convenir en la impunidad de los fuertes y en la justicia y en el derecho absoluto de los vencedores. El hartazgo llega á tomar por rebelion el hambre; y el hambre por crimen el ahorro. Decidido á contener y limitar las exageraciones me declararían su enemigo los exagerados, es decir, todo el mundo. Muchos vociferan libertad; pocos la comprenden. En cuanto á la igualdad quisiera aquella que eleva y no aquella que rebaja. Para tener á los hombres en esa igualdad forzosa, precisa emplear la fuerza. Para mandar exclusivamente con la fuerza, necesitase la tiranía. El mundo es como un borracho; cuando lo inclináis del lado de la libertad, cae en la anarquía; cuando lo inclináis del lado de la autoridad, cae en la dictadura. Combinar la autoridad y la libertad

resulta la mas difícil y la mas arriesgada de todas las operaciones. ¿Y quién se compromete á que la autoridad no degenera en despotismo, ni la democracia en demagogia? Dejadme pues en paz y no me habéis de política.

—¿Pero vais á pasar la vida del castillo al convento y del convento al castillo?

—Toda mi felicidad consiste en el matrimonio, y me ha faltado el matrimonio.

—¿Qué diablo! Quizá lo echeis de menos por no haberlo conseguido. El matrimonio es hermano del hastío. Estaban en una habitacion marido y mujer. Bostezaba éste; y como ella se quejara, dijole el compañero de sus días: marido y mujer forman uno solo, y siempre que estoy solo, no puedo remediarlo, me fastidio.

—¿Fastidiarse! Cómo se conoce que no has amado nunca. Si la eternidad parece un momento al lado de la mujer amada.

—Frasas. Hace pocos días iba yo con mi médico por las calles de Prato. Y como viera venir cierta casadita de la vecindad metióse en el primer portal que topó al paso.—¿Por qué evitas el encuentro con esa mujer?—Porque fuí médico de su marido, me respondió.—¿Lo mataste por ventura?—Al contrario; lo salvé.

—De nada se han burlado tanto los hombres como del matrimonio y en nada han sido tan felices.

—Yo suelo hablar con gente de letras y algo se me pega. Como á Sócrates le preguntara uno si debía casarse ó no, dijo: sea cualquiera el partido que tomes, habrás de arrepentirte.—Dinos, Diógenes, le preguntaban al filósofo griego, cuando debemos casarnos.—En la juventud, demasiado pronto; en la vejez, demasiado tarde.

—Pues asegúrote en verdad que no participo de semejantes ideas.

—Pues ya lo creo; como que andamos bebiendo los vientos por la ingrata que no ha querido casarse con Vuestra Merced; resolucion de la cual estoyle agradecido en el alma y le pagaría á cualquier precio.

—Calla, no blasfemes. Al acercarme á este monasterio parézcome al atarido que al calor de una buena lumbre se acerca. Solamente de saber su presencia en el mismo sitio donde yo estoy, de adivinar su respiracion cercana á mi respiracion, de oír á los que la oyen, de escudriñar los ojos donde se han fijado sus ojos y que aun conservan la luz de su retina, vivo algunos días mas; á pesar de la intensidad de mis dolores mas grandes que mi alma y de la anchura de mis heridas mas latas que mi corazón.

—En fin, con tal que no sea dañosa á nuestra salud esa porfía, haced Señor, cuanto os pida el gusto, pues ya me voy cansando de predicar en desierto.

Y en estas y otras llegaron al convento. Algunas horas antes habia llegado el bueno de Fra Filippo que iba en apariencia á recibir órdenes de la

Priora y en realidad á ver á su idolatrada Lucrecia. El airecillo no recorre con tanta presteza é inquietud el camino de Florencia á Prato como lo recorrió Lippi en alas de sus deseos. Desde la noche célebre del terremoto y la tempestad no volviera á ver ni las cercanías de aquel prestigioso monasterio donde estaba encerrada toda su ventura. Así, á sus ojos de artista, dibujábase en lontananza, como una aparicion que tuviera por fantástico fondo, fugaces relámpagos. Conforme se acercaba creia acercarse á la felicidad sin término, llevado por aspiraciones sin medida. La sangre le hervia en las venas, el corazón le estallaba en el pecho, latianle las sienas con tal fuerza que le aturdián los oídos como el ruidoso martilleo de los yunques. Llevado de aquí para allá por el remolino de sus ideas y de sus pasiones, ora al subir escaleras creia subir como Jacob la escala mística de los cielos; ora al abrir una puerta, creia abrir como Jacob la losa de su sepultura. Ya le henchian de júbilo el corazón las esperanzas mas insensatas; ya le desconcertaba sin motivo suficiente la desesperacion mas cruel. De los arrebatos de placer pasaba á los arrebatos de dolor en virtud de esa movilidad en las emociones que constituía su naturaleza de artista. Así es que llogó á la sacristía del convento, en la cual estaba citado; llegó sudoroso, jadeante, fatigadísimo, no por lo largo del camino: por lo vario de las emociones.

En la sacristía encontró un personaje que hasta ahora no he podido presentar al lector y que merece toda su atencion. Era un fraile franciscano de veinte años llamado Padre Serafin, de extraordinarias prendas así intelectuales como morales, realzadas por una verdadera prestancia, si hablar podemos á la manera antigua. Su alta estatura crecia entre los pliegues de su hábito llevado sin ninguna afectacion, pero con natural elegancia. Su cabeza, verdaderamente esférica y proporcionada, revelaba el equilibrio y la armonía de todas sus facultades. La frente tenia espacios dilatados como para recibir en su amplitud innumerables mundos de ideas. Los ojos resplandecian con esa luz de la inteligencia y ese fuego de la pasion que deslumbran y vivifican y animan. Bien dijo quien dijo que por los ojos no solamente se revela sino que tambien se mira el alma. Sus facciones ostentaban esa correccion que, sin excluir la dulzura, mostraban la austeridad. Los labios estaban dibujados como para dejar paso al continuo fluir de las ideas. En la palidez de su color resaltaban todavía mas, entre pestañas sombrías, sus ojos negros y brillantes de una luz en que parecian mezclarse resplandores materiales como el resplandor de las estrellas, con resplandores espirituales como el resplandor de las ideas. Con solo aparecer, ejercia Fra Serafin sobre todos cuantos le rodeaban, esa poderosa atraccion que ejerce la superioridad manifiesta, pues hay una grande armonia entre las fuerzas morales de la conciencia y las fuerzas mecánicas del Universo, en la compenetracion de dos mundos que constituyen la ley fundamental de nuestro ser y el principio de su misteriosa existencia.